

guieron a la villa, toda llena de encantos, en aquella poética mañana de primavera.

Tal encuentro me interesó profundamente, mis ojos encontraron en el grupo formado por aquéllos apuestos jinetes, unos hermosos de mujer que, con la hermosa cabellera negra destrenzada y la faz sonrosada por el ejercicio, formaban un conjunto encantador. Divina flor en plena primavera de la vida avalorada por la inocencia que se traslucía en aquélla mirada que tan grabada he tenido desde entonces.

Aquel día constituyó mi preocupación, procuré investigar quién era la desconocida y supe cuanto necesitaba; residía en un «Chalet» a dos horas de Lordain, y por aquélla fecha, a igual que otros años, había ido a pasar unos días, siendo su costumbre el paseo de la mañana y permaneciendo en casa durante el resto del día.

No perdi ocasión, todos los días procuraba encontrarme con ella, algunos coincidimos en la salida, y, por fin, uno hicimos el descanso juntos, entramos en conversación; en lo sucesivo nos veíamos siempre y fuimos amigos verdaderos, rodeándose después aquélla amistad de un encanto singular, tal vez éste mismo encanto abrió heridas profundas, que sólo el tiempo ha procurado mitigar interponiendo el olvido; ¿ingratitude? ¡tal vez! pero necesaria en ocasiones.

Los días pasaban y yo noté que aquéllos ojos, siempre hermosos, miraban de muy distinta manera, obrando en mí a la vez una gran revolución; ¿habría hecho yo nacer en ella un nuevo sentimiento? ¡lo igno o! Sólo sé que un día recibí un aviso de que marchaba a su «Chalet» y que esperaba fuera algún día a visitarla «aquél buen amigo, compañero de sus excursiones».

Fuí, en efecto; hice ensillar mi caballo, y, atraído por el misterio de sus ojos, me encaminé a exponer mis respetos a aquella preciosa muñeca, con el alma llena de ilusión, caminando como el que vá a un país de ensueño.....

Vestida de blanco, con sencillo atavío campestre y encendida como una amapola, vino hácia mí; tenía la mirada fija en el suelo al saludarnos, como si estuviese arrepentida de su ingénua expansión al correr a mi encuentro, o quizá por creer que no debió hacer aquélla invitación ante el temor de un prejuicio equivocado..... Llevó un criado mi caballo a una finca próxima, donde a la sazón se encontraba un buen amigo mío, con quien so pretexto estuve aquél día, y, libre de todo, la invité a pasear por la alameda, que era a la vez como divisoria entre las dos propiedades.

Caía la tarde, el sol hundíase en el ocaso, los pajaros formaban admirable algarabía, pareciéndome a mí que entonaban un himno sublime, a lo que más que amistad parecía encantador idilio, tomamos asiento en el jardín central formando delicioso cuadro; a nuestros piés «Dory», mi perro favorito y que tanto le entusiasmaba, y a nuestra espalda, y sirviéndonos de trono, un añoso y corpulento álamo que nos ocultaba de las miradas indiscretas, y, sin decirnos nada, con ese silencio que precede a todo sentimiento grande, nos entretuvimos durante unos instantes, como niños pequeños, en tirar piedrecitas al estanque.

Por fin rompimos el silencio, la hablé de nuestra amistad, de la coincidencia de nuestras excursiones en Lordain y de tantas otras cosas, y sin darme cuenta, tal vez sin deber hacerlo, pronuncié en su oído frases que, turbándola demasiado, la impidieron contestarme, la hablé, sin duda, de un porvenir halagüeño, de una felicidad ideal, y sin querer probablemente ninguno de los dos, corriendo quizá con demasiada precipitación, ni uno ni otro pudimos retroceder y..... ¡quedó ganada la batalla! Sin duda influyó aquél her-

moso atardecer, el romanticismo de que todo aquélllo estaba rodeado, el trino del ruiseñor que con él procuraba disipar la melancolía de la hembra en su nido de amor..... y en el silencio de aquélla tarde que al morir, sonreía, deposité un beso, mezcla de cariño y respeto, en la frente de aquélla virgen, toda inocencia, que aquél día nacía a la vida del ideal, su corazón latía como nunca, y sin poderse contener, contenta, rebosante de dicha, grabó en el tronco del álamo, con la punta afilada de mi raspador, la fecha de aquél día. Poco después nos despedimos, y yo satisfecho de mi triunfo y orgulloso de poseer el encanto de sus ojos, fuí a visitar a mi amigo cambiamos impresiones unos momentos, y tomando mi caballo emprendí el regreso a Lordain.

Pasó algún tiempo, tuve que abandonar la hermosa villa con carácter definitivo y un hecho circunstancial acaecido de súbito me obligó a romper el encanto de aquéllos ojos que tan aprisionado me tenían, fuí en su busca, recorrí con ella todos los sitios que fueron testigo de nuestras aventuras, y nos sentamos en aquél mismo banco donde empezó lo que Dios quería que entonces «empezase a terminar»; medimos los grandes inconvenientes de la separación, sentimos la emoción de aquélla fecha que ella misma grabó, cada piedra, todo cuanto nos rodeaba era un recuerdo de una época quizá la más feliz de nuestra vida, prometimos ser siempre buenos amigos, cada uno conservaría el recuerdo del otro como de algo que se ha querido mucho, rayando en adoración, y como viera que una lágrima, escapándose furtiva, resbalaba por su mejilla, saqué mi pañuelo, que aun conservo ya amarillento por los años, limpié aquélla última manifestación de su cariño y la obligué a retirarse, dejándome sumido en profundo desconsuelo. Después fuí recorriendo sólo todo aquélllo que tan alto hablaba a mi corazón y volví a detenerme ante el álamo que tanta felicidad me brindó en otro tiempo. ¡Ya no quedaba nada! ¡Estaba roto el encanto!

¡Hermoso y corpulento álamo! casi se perdió la vista en el indefinido azul del cielo al querer descubrir su altura, él cobijó por algún tiempo nuestra felicidad, como habría cobijado tantas otras, y como recuerdo de nuestro agradecimiento tenía aquélla fecha, que aun hoy tal vez conservará si manos despiadadas no la han hecho desaparecer. ¡No le he olvidado! aún vive en mí como aquél día todo lo recorrí y a todo le di mi adiós, partiendo poco después en dirección a la pequeña villa, y al llegar al sirio desde donde por última vez se divisaba su «Chalet», volví mi caballo, lo contemplé unos instantes, con esa admiración religiosa de lo que no vá a volver a verse más, y a todo correr continué mi regreso. Al llegar a Lordain las sombras de la noche le daban un aspecto de singular tristeza.

Ha pasado mucho tiempo. Al azar he encontrado con gran sorpresa al amigo de aquéllos días, y en el curso de la conversación le he recordado aquélla época, y he escuchado de sus labios un relato desagradable; los que fueron ojos de misterio, habían vivido una vida desordenada, no supieron conservar su inmensa valía, y aquél mirar que los hizo ser dominadores, por su destello, se fué extinguiendo poco a poco, queriendo encontrar idealidad, pecaron demasiado y perdiéndose su mirar en el vacío, se cerraron impenitentes.

A. H. M.
DAMIEN